

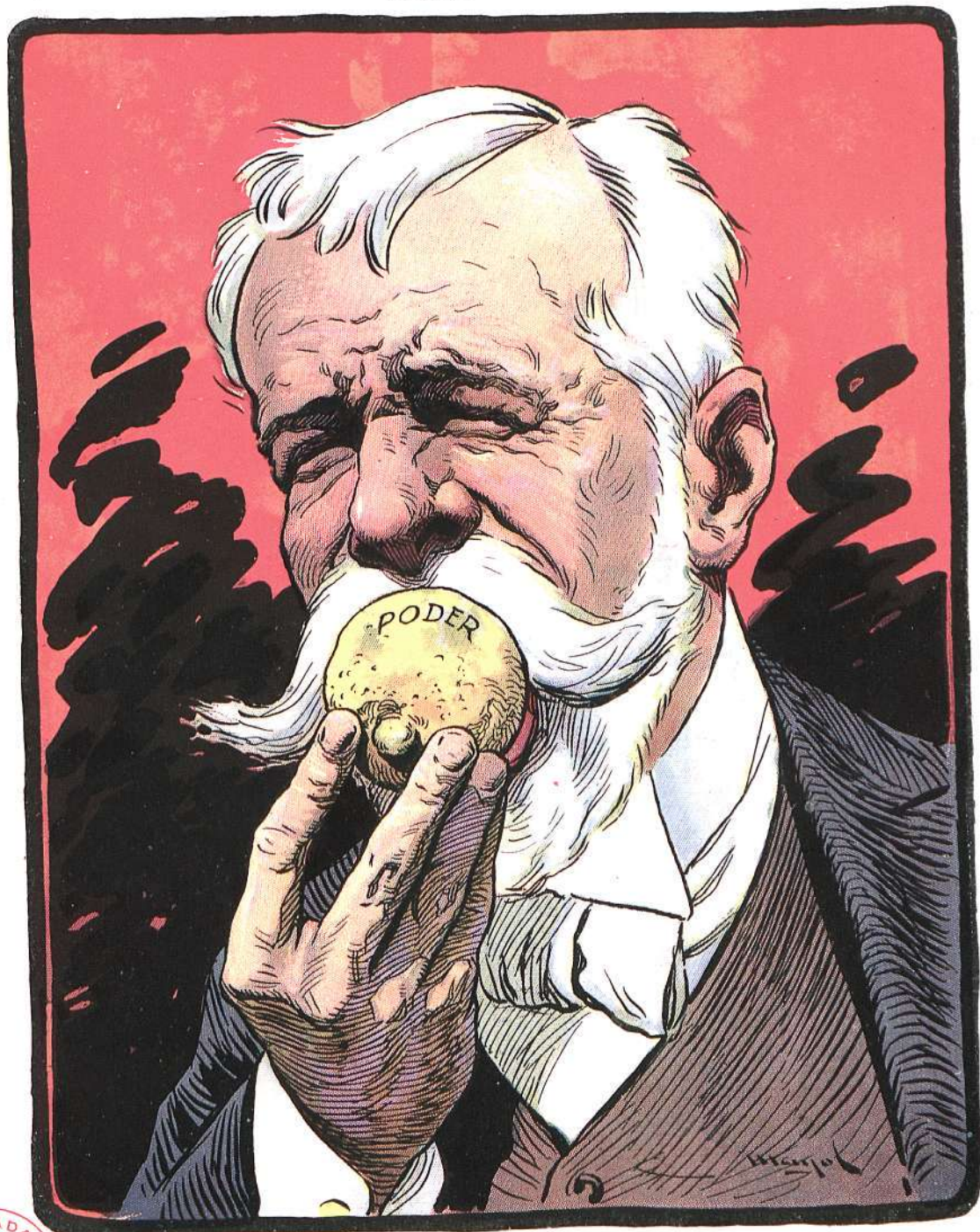
CARAS Y CARETAS

AÑO VIII

BUENOS AIRES, 18 DE FEBRERO DE 1905

Nº 333

AGRIDULCE



Es lo que, goloso,
tanto apeteciera,
fruto muy sabroso;
pero da dentera.

TIRADA
DEL
NUMERO ANTERIOR
35.825
EMPLAZES

CRÓNICAS BONAERENSES

LA MÁS VIEJA OLIVA

(TRADICIÓN)

I

¿Queréis saber quien la plantó en esta ciudad, cuándo y dónde tuvo lugar el suceso? En nuestras incursiones botánicas rebuscando las pocas antiguallas aún no demolidas, cual vieja pispóna que asomando desde un rincón curiosa y lo sabe todo, nos salió al paso entre vericuetos de calle, que recuerda virrey más meloso que su nombre, tan dado al feminismo que hasta después de muerto quiso seguir su sueño entre doncellas: ¡Virgenes del Señor guardan su tumba en Capuchinis! Fué el virrey Melo, montero mayor de la reina más enamoradiza, por cuyas bellaquerías se perdió España. Cuando Godoy le superó en la privanza, si se le designó este virreinato fué por no hallarse otro más lejano de la corte en que ambos privados se *dieron corte*. Adquirido de Potosí (barra de plata) ofrecido tenía el emperador Carlos V á cada uno que lograra aclimatar semilla de la Península en esta América. ¿Desde cuándo el ofrecer no empobrecer? No había llegado á fraile el César, y Robles, Omos, Alamos, ministriles quebrados como luego el virrey del Pino dejaron en blanco tan halagüeña promesa; pero quien más en ello se afanara fué el Conde-Duque de Olivares, á cuyos montes debía su título y lo que mataba su empeñamiento en prohibir olivares en el Plata. Recién en las pastimerías del siglo XVIII empezaron á filtrarse algunas semillas, medosías de ser excomulgadas como contabando.

Si curiosidad hubiere por saber quién fué el que plantó esa primer rana que simboliza la paz en ciudad de tantas trifulcas, recordámos como el señor *Ferrera en escambrado* (tal la traducción de su apellido euskero) trajo, casi bajo sotana el primer olivito vergonzante, ocultándose desgajado y tembloroso, y que no embarcarse el Real Rescripto, se le decomisaba como cosa prohibida, lo plantó en descampados terrenos, transformados hoy en Avenida de los Palacios.

II

Doscientos años hace que el alférez real don Andrés García adquirió (en el que vino al mundo su primogénito del mismo nombre), el terreno donde se transplantó ramo de la primera oliva aquí nacida.

A la inversa de las adquisiciones de nuestros antepasados (no tan ignorantes como se les menosprecia—si llenos de fe en el crecimiento de un país nuevo), formulaban su ideal: «Campo cuanto veas, casa cuanto quepas». Sin duda presintieron el fenómeno económico, único aquí, que con no hacer nada, ni enajenar ó retazar la tierra adquirida, hacían mucho por sus retoños, si quiera no se apresuraran en desbaratar la heredad. Aun no habíase introducido la moda actual, por la cual al día siguiente que va el padre al hoyo va la casa al remate. Por no saber conservar, populizóse el refranico: «Padre, jornalero.—Hijo, caballero.—Nieto, pordiosero».

Por excepción, puede decirse, es una de las pocas propiedades que en dos siglos no ha salido de la fami-

lia, si bien, subdividiéndose al fallecimiento del jefe de ella en cada generación, siguió retazándose en razón inversa del crecimiento de la edificación. Las catorce varas por cincuenta el corralón de la oliva, avaluadas están en muy poco precio que el que reza en las escrituras primitivas de esos terrenos que se extendían desde Callao á Luján.

A don Andrés García, padre legítimo de fray Pantaleón (que el historiador Mitre compara con fray Luis de Granada como orador sagrado) tocó una fracción de ese terreno, cuya otra parte corre pendiente á su hermana Inés, de quien la hubo su primogénita, que antes de apartarle su espeso otra media de cenicientos nombres, firmó la escritura: Florencia Faustina Fernánlez García González Agüero de Matías Huárida de Balazar Ximénez de Fuentes y Castro. Apenas la cuarta vi reina Arredondo, que en ese mismo año falleció bajo el peso de sus veinte apellidos, necesitaba margen más ancho para echar una familia.

Cierta tarde que visitaba el primo Pantaleoncito, á quien aún no siendo hija de confesión, pues que entre primos se confesarse es bueno, díjole en secreto, para que lo supiere todo el barrio y algunos más, un su antojo, y ella, era que le regalara una estaca.

—¡Estaca! ¿Estaca quiere?—contestó el sabiofratle ruborizado. Pues que, ¿el Melo te ha tentado de rrengar á tu mamá?

—Nada de eso, que á mi señor don Antonio media docena de estacas bien de rechas téngole dado, y tiesos y espigaditos ahí andan por esos mundos, por el *Reñón de San Pedro*, y las provincias de arriba prolongan su buen nombre y honradez, aún en la sabiduría Universidad de Chuquisaca.

—Pues hija, tratándose de estacas, como fraile mendicante, apenas poseo esta tosca y nudosa en que me apoya, cuando de de el ciprés de mis oraciones, que nos dejó nuestro padre Bolanderos, salgo de San Francisco en el *cocle del mismo*, viniendo á descansar á la sombra de la oliva madre, que el hermano Altoguirre riega en la *Quina de los Olivos*.

—Precisamente, de madre tan feunda es que deseos tengo de uno de sus hijos que la Sarratea no ha de ser la única que suspire por sus retoños y antes que la Otárola la trasplante, mate con hojitas de cedrón servir he á Su Paternidad cabe la oliva que su Reverencia bendecirá en esta mi quinta.

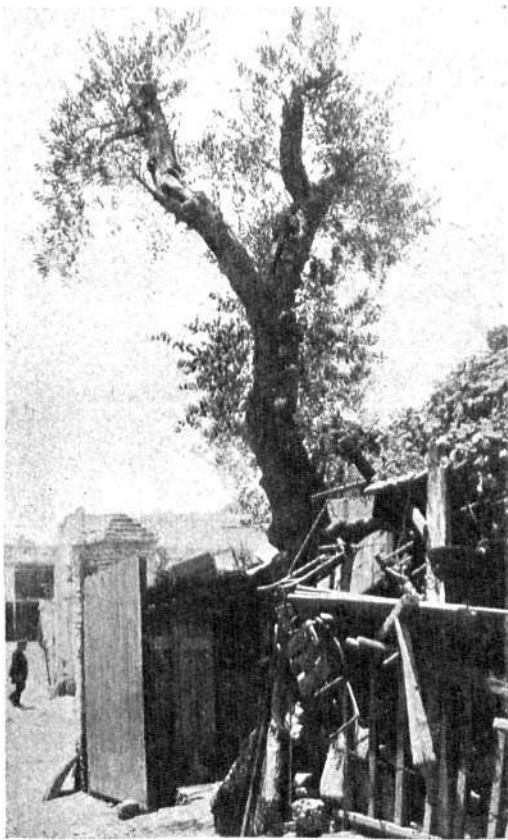
—Prima, primita; feo pecado en la vanidad, y me parece que ya no estamos para antojos!...

—Sí pero á la vecina le han ofrecido una, y por lo mismo de ser yo su prima y Su Paternidad hermano del Señor de las olivas, ¿qué se dirá de no conseguirla por su intermedio?

III

Y he aquí el por qué al pasar de regreso hacia la Recoleta, encontrando á su cofrade tomanlo rapé al caer la tarde bajo el ombú de la barranca, dijo fray Pantaleón al de Altoguirre:

—Heimano Francisco, que empeño traigo me ha de



El olivo más viejo se encuentra en el corralón de la calle Melo, número 636. Tiene 110 años

conseguir estaba elegida del árbol divino, que su hermano ha puesto en boga, pues la prima Fausta plantar quiere olivo, con cuyo aceite pretende ungir tatarianos como nuestra tatarabuela lo hizo en familia de Masalenes, que el más chico se vivió sus noventa Nativades.

Dos meses después, que á su íntima, y vecina pariente, doña Manuela Garayo despusara don Miguel Tejedor, á poco de cesar el repiqueto de campanas durante las fiestas del Pilar (octubre 12 de 175), se plantaba, donde aún se está (calle Melo, 636, el arbolito que por ser decano de su especie, aquí estampamos fotográfica y biográficamente.

Tradición es que mi señora doña Fausta sostenía el nuevo retoño, mientras fray Pantaleón García le regaba con el agua bautismal: Al señor don Martín de Altolaguirre, su padre ó padrino, rodeaban: Fernández, Garayo, Cerrato, García, Cavides y Tejedor.

La generación anterior, esclava de España cayeron, no por viejes, sino derumbados. A más de los niños y los pájaros, y también los hormigueros abundantes en las barrancas de la Recoleta, aquellos representantes de un progreso que introdujo el señor don Martín de Altolaguirre, cien años después han desaparecido por esa mi-ma enfermedad de progreso que impide conservar nada. Al modernizar el barrio, la Avenida de los Chalets derumbados fueron los primeros olivos, que con el lino, el cáñamo y otros cultivos, se ensayaron aquí. De ellos, y desde esta *Quinta de los Olivos*, se propagaron cuantos por las riberas del Plata fueron extendiéndose. Hasta la concesión, Altolaguirre eran prohibidos. Los del *Huero de los Olivos*, los multiplicados por los tres filántropos Rodríguez, *Capilla Bola de Oro*, *Capilla de Catalinas*, *Estación Olivos*, todos reconocen igual ascendencia. Ni los que tanto mima Dordoni, viejos guardianes á la entrada de la antigua *Quinta de Almeida*, cuentan más años que este joven de ciento diez.

IV

Soles en tres siglos ha reflejado en su elevado ramaje. Presenció la agonía del siglo XVIII, y la aurora del siglo XX le dora. Los primeros cañonazos de 1807 que hicieron refugiar en los claustros del ceniciento vecino las doncellas de barrio tan apartado, estremecieron sus ramas. Asistió á la caída del virreinato y al nacimiento de la República. Para todas las contiendas, en ciudad que las

Dib. de J. Alonso.



cuenta por el número de sus meses, tuvo una oliva de paz. Dividió el humo del barco cuyo vapor sombrió primero las aguas del Plata (1825). Y luego, cuando la locomotora pasó cual rátaga de progreso, sirviendo por la Recoleta, el deshacimiento de su blanco pinacho ciñó su estelta cabeza, cual turbante de transparentes gasas y blanquísimo encajes. Desde allí ha irraciendado la transformación de un barrio y el crecimiento de una ciudad y todavía se huelgue en días que la electricidad reflaja sobre su bronceado tronco. Momento venerable ha dejado una aveutina en el plato de cinco generaciones y deramado suave aceite en heridas abiertas á sus alrededores. Aún en su decadencia, no olvidando su utilidad, antes de desgajarse y caer á la tumba entrearriba á su p.e. todavía servir se eie de cuna á la infancia. La última vez que al pisar frente al portón sobre el que asoma, nos descubrimos veinteañte ante ese coetáneo del siglo XVIII, nos conmovió la bíblica escena, semejante á la que preencamos bajo las añosas olivas de la Judea. (Escribimos esta tradición á la sombra de otra que por nuestras propias manos transportamos de Gethsemani.)

Mientras una madre amorosa se afanaba en la limpieza y cuidado de su hijita, lavando en un rediata batea, cual bello botón de rosa una preciosa rubicunda acostada en impruvida cuna, dentro el hueco á flor de tierra, excavado por los años en el desgastado tronco, juguetaba con su hermano de leche cabrito embozándolo. Cuando aquella lloró, arte la presencia de un extraño, la cebra de rebosantes ubres llegaba trotando desde el fondo del corralón apremiándose á amamantar al niño, como la más diestra nodriza.

Más que el incesante andador, vive y perdura el árbol que cuna y tumba es muchas veces del hombre que le cultiva. Regresamos á enterrar el último veterano de la independencia que pudo ser testigo en la plantación de esta, y el moreno José Lara, de ciento veinte años, diez más que el arbolito de nuestro cuento *rara avis* era.

Cuantos pa-an indiferentes por ese arrabal, que ya no lo es al saludar la más vieja oliva, testigo de tantas cosas que no son para contadas, bien pueden enviar recuerdo merecido al señor don Martín de Altolaguirre, primer agrónomo argentino introducido del progenitor de ella, el lino, el cáñamo y otras semillas benéficas que Bolgrino le ayudara á cultivar en esta antigua Quinta de los Olivos.

PASTOR S. OBLIGADO.

LAS VÍCTIMAS DE PIROVANO



Ingeniero German Kurh



Ingeniero Cornelio Baca



Sr. Alejandro Moreno



Dr. Inocencio Arroyo



Dr. Agustín Rocca



Capote que presenta 28 señales de balazos y bayonetazos y que llevaba puesto el ingeniero Baca



Tte. Avelino J. Mantero



Teniente Ricardo Grossi



Tte. Hipólito Benoit